

265211

Algo Sobre Eugenio González



Crónica Literaria
por
Ricardo Latcham

MEDIO BORROSO aparece en mi memoria el llamado año veinte, fecundo en esperanzas de rebeldía. En esa época, ya asida a la historia chilena, empezó a sonar, no obstante su juventud, el futuro escritor y profesor Eugenio González Rojas. Algunas de las figuras que agitaron el ambiente social y político en torno a la Federación de Estudiantes y los círculos obreros fueron Carlos Vicuña, Juan Gandulfo, Jorge Neut, a quien frecuenté después en Antofagasta, Alfredo Demaria, Santiago Labarca y Daniel Schweitzer. Como poetas se imponían José Domingo Gómez Rojas, autor del poema "Miserere", Romeo Murga, de melancólico aspecto, Roberto Meza Fuentes, muy sonoro e influido por los modernistas, Daniel Vázquez, y Joaquín Cifuentes Sepúlveda. Junto a éstos se dio a conocer Pablo Neruda, con "La Canción de la Fiesta", lanzada, en 1921, por Ediciones Juventud. No puede olvidarse, tampoco, a Pablo de Rokha, cuyo estilo novedoso y desconcertante para muchos, se reveló en *Los Gemidos*. En 1920, Eugenio González podía contar diecisiete años mientras cursaba su primer año de pedagogía en Castellano. Pasa al primer plano de la actualidad política y social al ser elegido, en 1922, presidente de la Federación de Estudiantes de Chile. Se cuenta que su compañero de estudios, Juan Gómez Millas, lo definió, entonces, como "un anarquista constructivo".

A propósito de anarquismo, conviene subrayar que, como actitud generacional, produjo un hondo impacto en el grupo citado, y también en el movimiento obrero de entonces. Además, se leía bastante a los autores rusos, muy difundidos en traducciones francesas y españolas. Entre los ídolos literarios y políticos del Año Veinte, se cuentan Tolstói, Gorki, Andreief y Artzibashef. Además, se devoraban los libros revolucionarios de Malatesta, Max Stirner, Bakounine y Kropotkine, con otros que arribaban de España y Argentina, en traducciones no siempre canónicas. Dos libros que impresionaron notablemente en tan lejanos días fueron *Sanin*, de Artzibashef, y *Camino de Perfección*, de Pio Baroja.

Tomé contacto con González, que era vecino mío de barrio, en Providencia, allá por 1923. Desde entonces vestía de negro, con un luto correcto y cuidadoso, que lo singularizaba entre sus compañeros, donde abundaban los desgreñados y los melenudos, con predominio de las corbatas bohemias y los sombreros aludos. En compañía del futuro catedrático caminaba largamente por la Avenida Providencia, que entonces era apacible y provinciana, sin el ruido y el tránsito actuales. Nuestras conversaciones no eran polémicas y el intercambio de ideas y opiniones nunca tuvo ningún matiz desapacible. Desde entonces empezó a circular la leyenda de que Eugenio era abulico, lo que han desmentido sus futuras actuaciones políticas y universitarias. Me parecía, en ese tiempo, un contemplativo, que meditaba bastante y desmenuzaba la realidad con tranquilo gesto. Su intervención en las ruidosas asambleas estudiantiles contrastaba con el desmelenamiento oratorio de otros estudiantes y con la vociferación de los líderes proletarios. Buen dialéctico y excelente razonador en sus discursos, supo imponerse sobre la demagogia y el desenfreno que imperaban en un

medio inflamado por la pasión y la violencia. Cuando se habla en la intimidad con Eugenio González, aparece pronto su escepticismo crítico que no está reñido con la acción. Como expositor en la cátedra o en la tribuna del Senado, donde se destacó entre los mejores padres conscriptos, se descubre pronto su facilidad para discurrir y su dominio de la filosofía y la cultura. Es un incansable lector, pero su obra literaria es reducida y cuenta que, después de releer una novela que tuvo guardada por varios años, no lo dejó satisfecho y la destruyó.

Diversas actuaciones suyas lo mantuvieron apartado de mi trato. En 1924 combatió al régimen militar que derribó al Presidente Alessandri, desterrado de Chile y vuelto



EUGENIO GONZALEZ

a instalar en el poder, muy pronto. Más tarde, intervino en la campaña de los asalariados y en la candidatura presidencial del doctor José Santos Salas, personaje pintoresco y de una oratoria tropical dominada por una complicadísima sintaxis. Entonces yo vivía en el norte y cuando subió Ibáñez, en 1927, permanecí en Europa, involuntariamente, por un largo período. El escritor combatió a la dictadura y fue enviado con otros enemigos del régimen a la Isla Más Afuera. De ahí salió su excelente libro que lo consagró como un buen novelista y un notable observador de tipos y costumbres nacionales. A mi vuelta del Viejo Mundo empezó un período muy activo en que diversos escritores, de distintas generaciones, constituyeron el Grupo Índice, que sacó una revista muy novedosa y agitó un ambiente enmohecido por largos años de silencio. Las conferencias patrocinadas por Índice provocaron curiosidad y removieron el medio cultural de Santiago. Juan Gómez Millas disertó sobre la caída del Mundo Antiguo en provechosas conferencias; Manuel Rojas, habló acerca de las clases sociales en la literatura, y Benjamin Subercaseaux explicó, en francés, la trascendencia poética de Rimbaud. En esa floración de ideas diferentes y de revolucionarios mensajes se sintió también el eco de Eugenio González, con su talento disciplinado y su digna maestría.

Deben encontrarse enterrados en

las páginas de Índice y otras revistas de esa etapa de nuestra vida literaria diversos y medulares ensayos de un exigente estilista que nunca se ha prodigado. También habría que rastrear la influencia generacional de José Ortega y Gasset, que nos enseñó a remodelar el idioma algo convencional aconsejado por nuestros profesores de castellano, y a interesarnos por el moderno pensamiento europeo. Partiendo, después, de su anarquismo apolítico, de corte intelectual, González se incorporó al naciente Partido Socialista, dirigido por Oscar Schnacke, en 1933, pero pronto lo abandono, por desacuerdo con sus dirigentes de entonces. En antiguos y polvorosos locales se discutía inermemente entre marxistas puros, revisionistas y anarquistas que no aceptaban el predominio del Estado. Mas adelante, Eugenio González volvió a sus cuartos, luego de presenciar ruidosas divisiones, y ocupó cargos de jerarquía, como secretario general y senador por Santiago.

Ya dije que, en el Senado, se distinguí por la fluidez de su estilo y por la forma elevada con que intervenía al encarar los problemas nacionales. Contribuyó, de una manera impecable, a elevar el nivel de los debates y a respetar a los adversarios. Al abandonar las tareas legislativas recibió un homenaje inusitado de todos los partidos representados en la Cámara Alta.

Pero lo más insobornable de la personalidad de González se ha vertido en la cátedra, primero, en su calidad de Profesor de Castellano y Filosofía, en el Liceo Barros Arana, y, más tarde, en la Universidad de Chile. Me unen al escritor notables lapsos de la existencia política e intelectual, nada comunes. Interviene, a la caída de la dictadura de Ibáñez, en un conato de duelo suyo con Roberto Meza Fuentes, que alcanzó a alborotar a la prensa y a preocupar a las autoridades. Los padrinos de ambos contendores eran Raúl Silva Castro, Abel Valdés, Fernando Celis y el que firma estas líneas. Por suerte, la sangre no llegó al río. También nos encontramos en la efímera República Socialista de Marmaduke Grove y Eugenio Matte Hurtado. Se le encomendó la Cartera de Educación, pero el flamante e improvisado Gobierno fue aventado el 16 de junio de 1932 por los tanques y ametralladoras en que se apoyaba Carlos Dávila Espinosa, en su provisional régimen de los cien días.

La obra de Eugenio González, en su aspecto de escritor imaginativo, resulta muy reducida: tres novelas, *Más Afuera*, *Hombres y Noche*, y un volumen de cuentos, *Destinos*.

Especialmente en *Hombres* se halla un clima de fracaso y desencanto en la pintura de tipos revolucionarios desengañados de su propio esfuerzo, mientras ven desmoronarse sus esperanzas y ambiciones. Los que, como González, conocieron diversas generaciones de ilusos y luchadores anarquistas y socialistas, pueden relatar, con sincero realismo, el proceso de esos destinos frustrados. Además, se describen en esa obra los movimientos de masas, las huelgas y los actos de terrorismo que hubo en Chile, entre 1932 y 1938. Cierta pesimista filosofía de la vida es el denominador común que hace de *Hombres* un libro amargo, pero lleno de aciertos psicológicos y semblanzas proletarias y de clase media.

Al pintar a un rebelde llamado

Vargas, el escritor define la atmósfera en que éste vive con las palabras siguientes: "La taciturna ansiedad, la rabia secreta y terrible, el deseo de una limpia felicidad nunca alcanzada, el odio, la evidencia de una secular injusticia, todo eso que flotaba mezclado con el humo de las usinas, daba a las palabras de Vargas la misteriosa elocuencia que encuentra el camino de las almas".

La literatura de Eugenio González es gris y opaca, por medio de una deliberada voluntad de imprimir a sus personajes un carácter inconfundible en la narrativa chilena. Sin embargo, en *Más Afuera*, a pesar de lo sórdido del ambiente evocado, se siente una mayor poesía y sentimiento ante el paisaje insular. También se asoma ahí una nota de ternura y de añoranza que traspasa la aplomada superficie del relato, donde hay tipos abyectos de penados y de rotos vivos y picarescos. Endeiza, Don López, Quiquirihuevo, Garrapata, El Perpetuo, El Lince, El Chinito y El Abuelo, son algunos de los personajes populares que sorprendió el narrador a través de su experiencia de preso político.

La breve y apretada producción novelesca de González lo coloca en buen sitio y resulta un precursor de los que han intentado reflejar la existencia carcelaria en el país.

No han sido muchos los escritores que han dirigido la Universidad de Chile. El último, antes de González, fue don Domingo Amunátegui, hombre erudito y bonachón, al que combatió en su período de estudiante de pedagogía. Yo mismo escribí unas páginas satíricas que molestaron al destacado hombre público, pero, más tarde, me tocó despedir sus restos mortales, siendo Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Es digno de recordarse que cuando me presentaron de candidato a ese cargo, tuve como contendor a Eugenio González. Hubo, en esa oportunidad, un gran revuelo y se produjo una vehemente lucha entre nuestros respectivos partidarios. Se alcanzó a perder la ponderación académica, circularon libelos en mi contra y otros, en que se ponía de oro y azul al Rector, Juvenal Hernández. Pero existió una persona que no intervino en este bullicio y ardor combativo. Fue Eugenio González, con quien almorcé amistosamente a los pocos días de concluida la contienda desafortunada de los catedráticos, en compañía de Yolando Pino, que fue elector de mi amigo.

He rememorado semejante hecho para demostrar la elevación del carácter del actual Rector de la Universidad de Chile. Con su nombramiento reciente entra una ráfaga de humanismo a las viejas aulas, lo que no es, de ningún modo, incompatible con el aceleramiento técnico y científico de los estudios superiores. La unanimidad con que la opinión pública, la prensa, y, lo que es muy significativo, los alumnos han recibido la designación resulta una muestra de cordura y sana convivencia. En la última condición se asentarán, sin duda, el equilibrio y la voluntad de progreso que inspirarán al flamante rector, en su próximo mandato.

Aquí sólo he querido insinuar volanderamente distintas modalidades que integran a un hombre de letras y pensamiento, de gran probidad y noble conducta en sus actos.